



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo A. Podestá"
Repositorio Institucional

¿Regreso a los viejos tiempos? El triángulo Estados Unidos-China-Rusia y su impacto en América Latina

Año
2019

Autor
Montes, Marcelo

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Montes, M. (2019). *¿Regreso a los viejos tiempos? El triángulo Estados Unidos-China-Rusia y su impacto en América Latina*. 1er Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Villa María, articulando diálogos políticos y académicos en Ciencias Sociales. Villa María: Universidad Nacional de Villa María



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales (UNVM)

Título: Regreso a los viejos tiempos? El triángulo Estados Unidos-China-Rusia y su impacto en América Latina

Número de Línea: 17

Título de la Mesa: 17.2 – Política y Comercio Internacional

Autor: Marcelo Montes

Dependencia: UNVM, Campus UNVM, mmontes79@hotmail.com

A casi 30 años de la caída del Muro de Berlín, nuestro "*paper*" desafía la imagen dominante en la academia internacionalista (particularmente realista) en el sentido de una nueva puja estructural, al estilo de la Guerra Fría, entre Estados Unidos, China y Rusia, los dos grandes protagonistas centrales de la Guerra Fría. En realidad, estamos en una etapa transicional que ignoramos qué desenlace tendrá. Ni el factor ideológico ni el confrontativo nuclear existentes en el viejo orden bipolar, aparecen hoy, más allá de los ciclos de expectativas ascendentes y decepciones mutuas, los rasgos distintivos de dichas relaciones en los últimos 26 años. China y Rusia no desafían al sistema internacional ni pretenden revisarlo, aunque se opongan al unísono a los intentos unipolaristas americanos. Estados Unidos atraviesa un período de hegemonía sin misión, lo cual lo inhabilita para operar con influencia creíble en el mundo. A partir de Trump, incluso, hay un desafío inédito del propio *hegemón* a los pilares del orden liberal construido a partir de 1945. Nuestro trabajo pretende reconstruir esta evolución de las últimas dos décadas, cómo se ha ido reconfigurando ese vínculo entre las tres grandes potencias, además de proyectar algunas hipótesis tentativas futuras en las perspectivas de cooperación o enfrentamiento entre las tres. Nuestro trabajo también se focaliza en el impacto de tales relaciones en nuestra región. Mientras la influencia de Washington llegó a su punto máximo en los años noventa en contraste con el alejamiento de Moscú, hoy se verifica un camino inverso, aunque no lineal y mucho menos, fundado como antaño, en razones ideológicas, con la novedad de la fuerte presencia de Pekín.

Palabras clave (3): Estados Unidos, China, Rusia

Cada momento histórico abre también una etapa inédita en las relaciones entre los países más poderosos del orbe y los más rezagados, considerando sobre todo, el rasgo sobresaliente de esta fase temporal que vivimos, es decir, la globalización.

El propósito de este trabajo es, por un lado, describir el actual orden internacional, de alguna manera, forjado en Yalta 1945 pero hegemonizado por Estados Unidos desde 1991 (fin de la “Guerra Fría”), aunque en un franco deterioro, considerando su propio cuestionamiento desde “Occidente”. Por el otro lado, no preocupa analizar cómo evoluciona la transición de este orden que va feneciendo hacia otro que no termina de engendrarse. Finalmente, observaremos y analizaremos qué papel cumplen las potencias, básicamente tres (la ya citada Estados Unidos, China y Rusia) en nuestra región (América Latina), reproduciendo o no, conductas y modalidades aplicadas en otras épocas o, simplemente, intentando otras, algo diferentes.

Debatiendo el actual orden mundial

Tras la confianza ingenua e ilimitada en “el fin de la historia” y el triunfo del universalismo liberal, democrático y capitalista que conllevó la caída de la URSS, tuvimos dos décadas y media, que evolucionaron hacia una realidad y expectativas diametralmente diferentes. Si aquella “*pax americana*” con un *hegemón* en soledad, parecía atraer paz y prosperidad por doquier, el mundo de hoy parece asomar con nuevos poderes con perfiles propios, que pretenden acercar su voz en el entorno, sin dejar claro cómo será el mismo una vez que consoliden sus posiciones.

Con la culminación del sistema bipolar, transitamos un escenario de incertezas y transiciones en torno a la nueva jerarquía de poder, es decir, quienes establecerían las reglas del juego y cuáles serían las mismas. Así como en la década de 1990, parecía que el sistema internacional se aglutinaba en torno a la hegemonía incontestable de Estados Unidos, con la democracia como modelo político y la economía de mercado como modelo económico, ya los inicios del siglo XXI mostraron cambios en la estructura de poder mundial, principalmente con el ascenso de los llamados países emergentes que comenzaron a adquirir un papel preponderante, sobre todo, luego de la crisis económico-financiera de 2008 (Lecchini, Pereyra Doval, 2018) .

Hoy, me pregunto si el mismo Donald Trump es el líder que requiere Estados Unidos para decretar su propia decadencia y por ende, su alejamiento del mundo, al estilo de Gorbachov

que más allá de sus intenciones, terminó con la URSS. También podemos interrogarnos si un mundo sin la primacía norteamericana, será más o menos peligroso que el bipolar que rigió desde 1945 hasta 1991 o éste, con primacía americana pero en declive y neoaislacionismo. Finalmente, qué podemos vislumbrar para América Latina, en este contexto, ya sea como civilización a lo Huntington o, como espacio regional diverso que todavía no superó el umbral de subdesarrollo.

A partir del reconocimiento que como disciplina, las Relaciones Internacionales no han estado a la altura ya no al omitir siquiera posibles cambios estructurales sino alteraciones de menor envergadura que podrían desembocar en aquéllos, cabe generar una descripción general que permitan indagar acerca de la naturaleza de estas tendencias.

Podemos formular este análisis en dos planos: el estructural propiamente dicho y del contenido axiológico o valorativo del sistema internacional.

Respecto al primero, es cierto que no se verifican mayores cambios mayores a nivel sistémico, pero sí se discute la convivencia o no de unipolaridad, multipolaridad y hasta apolaridad, como negación de cualquier sistema.

Resulta claro que cambios a nivel de la unidad de análisis Estado, es decir, modificaciones desde abajo, como el ascenso de Donald Trump al poder en Estados Unidos, el mismo “*Brexit*”, los nacionalismos euroescépticos, la consolidación de Xi-Jinping y Putin en China y Rusia, el mismo chavismo en Venezuela, entre otros fenómenos, terminan detonando importantes alteraciones en el sistema internacional, aunque todavía no generan cambios estructurales como en 1815, 1945 y 1991. Pero podrían constituir, preanuncios de fallas tectónicas en la totalidad de aquél.

Así, por ejemplo, las disputas puestas de manifiesto en las Cumbres del G20 en Hamburgo (2017) y Buenos Aires (2018), a propósito de la guerra comercial desatada entre chinos y norteamericanos, no han hecho más que eclosionar esas fallas tectónicas que estaban latentes.

Los expertos en Relaciones Internacionales coinciden que tras el fin de la bipolaridad, el orden reemplazante de esta configuración tampoco es unipolar, como se podía pensar inicialmente. El concepto de multipolaridad presenta la ventaja de reflejar que el creciente número de actores con impactos internacionales ha aumentado, haciendo eco al fenómeno

de los “emergentes”. De hecho, los propios países así etiquetados defienden tal interpretación.

Según ellos, el sistema internacional está en proceso de convertirse en multipolar. Se parte del supuesto de que las situaciones de unipolaridad son mucho más inestables que las de multipolaridad, aunque el propio neorrealismo considere que la bipolaridad es la que garantiza la paz mundial más duradera. Además, los representantes de los países emergentes bien han entendido las ventajas que aporta esta noción para sus aspiraciones de ser reconocidos como *global players*. Se mezcla así la descripción del sistema con el deseo de que éste adopte una configuración particular (Brun, 2015).

De todos modos, aun reconociendo que a Estados Unidos le ha resultado cada vez más dificultoso imponer su poder, como ha quedado demostrado con el ataque terrorista del 11S, el fracaso en la reconstrucción política de Irak y Afganistán, la crisis financiera de 2008-2009 y los efectos no deseados de la “Primavera Árabe”, tampoco la multipolaridad puede ocultar que existe todavía una distribución asimétrica del poder, una suerte de “hegemonía interdependiente”, en términos de Li Xing.

Además, si aplicáramos la lógica de “polos” en su sentido literal del término, mientras la lógica de la Guerra Fría funcionaba según actores que simbolizaban centros, lugares de reunión y de afiliación, no verificamos lo mismo desde 1992: a nivel mundial, ningún país atrae a seguidores alrededor de su política; más bien existen prácticas semejantes, pero no permiten concluir al funcionamiento estructural del sistema de tal manera. Pareciera existir más bien, una “apolaridad” del sistema internacional, lo cual supone una configuración de movimientos complejos, permanentes y flexibles, tal como considera el profesor francés Bertrand Badie (Brun, 2015).

Respecto al segundo plano de análisis, el axiológico o valorativo, que enfatiza no en el poder, sino en los valores o creencias en los que se sustenta aquél, existe un ocaso del orden internacional liberal, surgido en la segunda postguerra mundial. Tal ocaso se inició a principios de este siglo, mucho antes de que se produjeran los hechos recientes ya expuestos, aunque sólo en parte gracias al rol de potencias no occidentales, asertivas, pujantes y de tamaño grande o medio, como China, Rusia, Irán y Corea del Norte, que buscan ser *hegemones* regionales, lo cual es contradictorio con la continuidad del orden

internacional actual. En gran medida, según Robert Kagan, el orden liberal tambalea no tanto por la fuerza de sus detractores, sino por las dudas y titubeos de sus creadores.

El “*Brexit*” y Trump exponen como nunca antes, las vacilaciones de la opinión pública y liderazgos occidentales, que habrían llegado gradualmente a la conclusión de que aquel orden, diseñado, financiado y sustentado militarmente por Washington desde 1945, ya no sirve adecuadamente el interés nacional norteamericano. Según el propio asesor de Trump, Michael Anton, el orden liberal internacional, concebido como un medio, para garantizar la seguridad, prosperidad y prestigio de EEUU, ya no cumple satisfactoriamente ese papel (Powell, 2017).

Al mismo tiempo, potencias emergentes como China, India y Rusia se estarían beneficiando de forma injusta y desproporcionada de un orden cuya filosofía fundacional nunca compartieron. El “*America First*” de Trump, al retraer globalmente a Estados Unidos, de modo similar al que se produjo en 1919 cuando el Senado norteamericano votó en contra de la Liga de las Naciones, lo que alimentó las ambiciones imperiales japonesas y alemanas para llevarlas inexorablemente a la II Guerra Mundial, lejos de contener el auge de las potencias revisionistas, podría incluso acelerarlo.

De todo lo anterior, cabe concluir que en la actualidad, no existe un verdadero consenso global sobre la razón de ser del orden internacional existente. En parte, porque en realidad, cuando dicho consenso existió fue porque el poder mundial se concentraba en “Occidente”. De hecho, en el mundo no occidental, el orden liberal internacional se percibe sobre todo como un sistema concebido para perpetuar una hegemonía estadounidense que sirve fundamentalmente a sus propios intereses nacionales.

En “Occidente”, este “choque de relatos” sobre el orden liberal internacional se entiende en ocasiones como parte de un conflicto más amplio (y supuestamente inevitable) entre Estados democráticos y otros que no lo son, lo cual resulta excesivamente simplista, ya que algunos de los países que rechazan el relato occidental convencional tienen impecables credenciales democráticas. Además, el propio fracaso de Irak y la crisis financiera de 2008-2009, pusieron en tela de juicio el axioma de un *hegemón* que proporciona estabilidad, sino que por el contrario, es más bien, fuente de enormes turbulencias geopolíticas y económicas.

Tal vez, reconociendo que este mundo ya no es lo que era, habría que trabajar sobre tres pilares. Uno, como sostiene Richard N. Haas, un “orden mundial 2.0”, menos ambicioso pero más estable, derivado del realismo y basado en lo que denomina el principio de “obligación soberana”, es decir, una serie de compromisos a los que un Estado se somete y le debe a otros Estados. Dos, como argumenta el diplomático español Manuel Montobbio, habría que reconocer que otras culturas (y mundos académicos) no occidentales también tienen algo (o mucho) que aportar al debate sobre el futuro del orden internacional. Tercero, habría que prestar mucha mayor atención a la acción de los “lobbies”, que operan de tal modo, que suelen generar inestabilidades transfronterizas que sus propios Estados a veces, ni siquiera pretenden (Powell, 2017).

Como ejemplo de toda este debate acerca del rumbo del mundo, podemos explorar cómo ha ido evolucionando el vínculo entre Estados Unidos y la Federación Rusa, que tiene singular relevancia, al tratarse de los viejos rivales y “polos” del anterior orden que duró entre 1945 y 1992. A pesar de que Rusia se identificó plenamente con “Occidente” en los años noventa, la crisis financiera de 1998 y la expansión de la OTAN hacia el este, cambiaron la percepción de la sociedad y la elite rusas, con lo que hace 18 años, bajo el liderazgo de Vladimir Putin y gracias a los buenos precios del petróleo y el gas, el país pudo convertirse en una potencia emergente, aunque esto acarrearía momentos de tensión con Estados Unidos. Esas dificultades no tienen razón objetiva alguna, ya que Rusia sigue siendo un país capitalista, a su manera, democrático (tal vez, no liberal) y no persigue oponerse a su viejo archirrival. Sin embargo, son ciertos “lobbies” los que presionan para que los antiguos antagonismos reaparezcan, como si no existiera la posibilidad de que Rusia y Estados Unidos cooperen para beneficio de un mundo tan inestable como el actual.

La transición del actual orden global

Varios autores como Stuenkel, Bremmer e Ikenberry, entre otros, se han dedicado a escribir trabajos que hacen hincapié en la presente transición, de carácter complejo. Lo es porque detona varios cambios simultáneos, cuya naturaleza, habrá que indagarla, es de carácter estructural o no. Un creciente desastre global, causado por el colapso de las instituciones internacionales creadas después de la II Guerra Mundial y cuyo impacto más elocuente es la guerra comercial iniciada entre China y Estados Unidos; una tensión militar permanente, por colisión de intereses geopolíticos en Ucrania, pasando por Siria y llegando a Venezuela,

entre Rusia y, de nuevo, el *hegemón* norteamericano, lo cual se traduciría en una nueva “Guerra Fría” o “*pax* caliente”; una gradual estabilización en un nuevo mundo bipolar o multipolar; la preservación o decadencia de la dominación americana, aunque bajo otras modalidades, diferentes a las tradicionales (Tsygankov, 2019 :53) (Bremmer, 2018) (Stuenkel, 2016) (Ikenberry, 2014).

La transición mundial post-Washington debe ser analizada en el contexto de estudios teóricos similares, enfocados en las viejas transiciones, como la etapa previa al post-Viena (primera década del siglo XIX), post-París (últimas dos décadas del siglo XIX), post-Versalles (fines de 1918) y post-Yalta (1945) y sus respectivas experiencias históricas.

Otra conclusión previa es la constatación palpable de que la transición post-Washington es irreversible aunque pueda demorar más tiempo que las anteriores, incluso extendiéndose más allá de 2050. En ese sentido, es lógico suponer y esperar que cada Estado, tenga que repensar su propia estrategia de lucha por la supervivencia y desarrollo. China, India y otras potencias en ascenso tendrán que ser más activas en construir un orden económico, político y militar alternativo al que se va desgajando hoy, más allá del alcance de la influencia económica norteamericana. Entre todos, se deberá aprender a coexistir evitando mutuamente conflictos mientras se compite por nuevas oportunidades a escala global.

Un orden mundial implica la adhesión y legitimidad de un determinado balance de poder, tanto desde una perspectiva realista o neorrealista, que hace hincapié en quiénes y para qué ejercen aquellas capacidades materiales, como desde un ángulo constructivista que apela al reconocimiento de ideas o creencias que sustenten el factor anterior. Toda transición se inicia cuando empieza a desmoronarse tal consenso a partir de que ciertas potencias comienzan a sentirse incómodas, limitadas y hasta inseguras, por el corsé impuesto o acordado. Obviamente, la reacción de las potencias *statuquístas* será siempre la misma, de autoconfianza: las dificultades son transitorias y los temores de las nuevas, son exagerados. Tampoco las potencias revisionistas pueden tener las percepciones adecuadas: sobreestiman o subestiman sus capacidades materiales. Los viejos parámetros no sirven en esta instancia (Tsygankov, 2019 :55).

Las guerras que les habían servido a las grandes potencias o al *hegemón* para solventar sus poderes, en algún momento, empiezan a percibirse como más costosas que valiosas o

reeditables. Menor cantidad de países se pliegan a los esfuerzos hegemónicos por la actividad militar.

El proceso de destrucción y violencia ya no es atractivo como antes, ni siquiera para la opinión pública del propio *hegemón*. Desde la guerra de Vietnam, pasando por las de Irak y Afganistán, somos testigos de la descomposición e insuficiencia del poder militar norteamericano, no obstante su notable avance tecnológico. Lo que ellos consideran como “victoria” en la Guerra Fría, en realidad, fue una claudicación no sangrienta de la ex URSS. La transición mundial que estamos viviendo, presenta tendencias creativas y destructivas, hallándose interrelacionadas. Ella empezó a mitad de la década del 2000 y ha estado ganando relevancia después de una serie de “revoluciones de colores” en Eurasia y Medio Oriente, errores irreparables del liberal “Occidente” y el crecimiento de políticos y sentimientos nacionalistas en el mundo. No obstante que Estados Unidos permanece como una superpotencia militar, somos testigos de un cambio en el poder militar y económico además de un serio debilitamiento de la autoridad política e ideológica de América y “Occidente” en el mundo.

Obviamente, Estados Unidos ya no puede mantener ni mucho menos, imponer en otros países, las reglas del orden mundial, creadas después de la Guerra Fría. Hoy, China, Rusia, Irán y Turquía, entre otros, hace rato ya no están orientados hacia el modelo político norteamericano y persiguen cada vez más, políticas activas tendientes a proteger sus esferas de influencia internacional. Nuevas asociaciones institucionales y plataformas de negociación regional, son creadas activamente sin la participación de Washington. Los viejos aliados y socios de Estados Unidos en Asia, Medio Oriente y Eurasia ahora se posicionan ellos mismos como actores independientes, priorizan su estabilidad regional y establecen relaciones autónomas con países vistos por Estados Unidos como amenazas a su seguridad nacional y a la paz mundial (Tsygankov, 2019 :62) .

Este proceso se ve más complicado a la hora de verificar la influencia de las percepciones de los diferentes actores estatales respecto a la dinámica y efectos de dicha transición global. Mucha gente en China, Rusia y otros países emergentes, tienden a pensar que se aproxima un nuevo mundo porque Estados Unidos se halla en declinación relativa, mientras Europa ha dejado de jugar el rol de un jugador internacional soberano. Estos sentimientos pueden conducir a actitudes de “*wait and see*” y prevenir el establecimiento de

instituciones internacionales alternativas y la implementación de reformas domésticas esenciales (Tsygankov, 2019 :63).

Como resulta obvio, la transición post-Washington durará mayor tiempo que las anteriores, incluyendo la transición post-París y podría extenderse más allá de 2050. Esta duración es influida primeramente, por la imposibilidad de una guerra principal fraguada por la aniquilación nuclear mutua y segundo, por la asimetría continua del mundo, en donde es más difícil competir con Estados Unidos, que en condiciones de una multipolaridad real (Tsygankov, 2019 :63).

Aun así, la única forma de sobrevivir en esta transición, pasa por adaptar las condiciones externas e internas a las propias necesidades de cada Estado-Nación para, de ese modo, pretender ejercer alguna influencia importante en el balance de poder y reglas de un futuro orden mundial. El retiro hacia el aislamiento, aún temporario, no es posible hoy debido a la “turbulencia” del mundo global y su apertura relativa.

El tiempo presente requiere de estrategias en las cuales, la firmeza en defender la soberanía podría combinarse con una habilidad flexible para crear algo nuevo y deseable en las esferas políticas, militares, económicas y de información. La implementación de semejantes estrategias requerirá Estados fuertes, creativos y con objetivos focalizados. Debieran ser capaces de ir más allá de la regulación macroeconómica, inversiones en proyectos internacionales óptimos y el apoyo a sectores industriales que son los más promisorios para tal objetivo.

Los países europeos interesados en preservar el viejo orden liberal tendrían la libertad para expandir los horizontes del pensamiento y el cambio internamente, sobre todo desde que el proyecto de la Unión Europea ya no es el garante de la prosperidad interna ni un modelo atractivo a seguir. Es difícil de estimar cuánto puede durar pero su éxito en el futuro, después de 2050, está lejos de ser garantizado. Obviamente, la Unión Europea deberá girar hacia Asia y Eurasia, pero antes, las elites europeas deberán asumir esa realidad y prepararse para ello.

Lo dicho se aplica parcialmente para Estados Unidos, pero sólo si Donald Trump lo concibe como una aberración y si la cúpula del Partido Demócrata demuestra voluntad para la integración política y económica (Tsygankov, 2019 :64) .

Para alcanzar su objetivo, América necesitará realizar transformaciones internas y una nueva política exterior que no debe estar limitada a las medidas de la presión política y militar y las sanciones económicas, que son los pilares de la política de Trump. Semejantes medidas ya han sido usadas contra Corea del Norte, China, Irán, Europa, Rusia y Latinoamérica. Más allá de la confianza de Washington de que la política asertiva de “*diktat*” será efectiva, estas medidas supondrán un costo enorme en el futuro.

La estrategia de las potencias supuestamente revisionistas debiera combinar medidas de las resistencias asimétricas para llevar a cabo sus intereses más relevantes en el mundo y los esfuerzos activos para construir un orden mundial que sea alternativo al anterior y llevar adelante reformas domésticas adecuadas para ello.

Hoy, la asimetría en la defensa de intereses básicos nacionales es no sólo necesaria pero también bastante posible. Como una vez lo mencionara Otto Von Bismarck, “hay tiempos donde el fuerte es débil por sus escrúpulos y el débil crece fuerte por su audacia”. Hoy, la debilidad es un factor distinguible de no sólo algunos países sino también de algunas organizaciones internacionales del alguna vez unido “Occidente”, lo cual abre oportunidades para China, Rusia y todos aquellos que no quieren retornar a la posición de potencias secundarias (Tsygankov, 2019 :65).

La formulación e implementación de semejante estrategia involucrará muchas dificultades, incluyendo el riesgo de confrontar las economías más desarrolladas, la elección de áreas de desarrollo interno, la identificación de proyectos internacionales promisorios y el fortalecimiento administrativo del Estado. La protección de intereses básicos debiera ser mensurada con objetivos creativos de largo plazo, con una perspectiva mayor al 2050.

Países que solían pertenecer al ámbito de influencia global norteamericana, están construyendo sus propias relaciones con China, Rusia y otras potencias revisionistas. Por ejemplo, ellos firman acuerdos contractuales en el área de Defensa, más allá de las protestas de Washington. Aun así, la estrategia incluye dificultades considerables. Su implementación requiere no sólo una fuerte voluntad política, pero también un cierto balance de poder en el mundo y el consentimiento de potencias globales. Ambos factores están faltando hoy. El mundo está siendo testigo en la reconfiguración de mercados globales, sistemas regionales y alianzas político-militares lo cual complica la elección para muchos países.

Cada país –y cada región, como la nuestra- afrontan un dilema. La transición global ha comenzado y no puede ser revertida. Un nuevo orden mundial se dibuja en el horizonte pero la lucha real está allí adelante. Nuevos temas en la agenda ya son iniciativas planteadas, pero todo dependerá de la voluntad efectiva y la habilidad para tomar decisiones estratégicas. Las alternativas a ello, son el caos y la pérdida de status como jugador principal en la política mundial.

Las grandes potencias en América Latina

Afortunadamente para nuestra región, ya no vivimos en la Guerra Fría, donde tenía un papel en función de la distribución ideológica del tablero de poder global. En tal sentido, fuimos testigos –y protagonistas- de importantes etapas de la historia, como por ejemplo, la crisis de los misiles en Cuba (octubre de 1962), el gobierno de la UP en Chile (1970-1973), la guerra de Malvinas (1982), que podría haber tenido efectos relevantes en tal “ajedrez” mundial¹.

Ya en la Postguerra Fría, al desaparecer el conflicto ideológico, tanto Estados Unidos como Rusia abandonaron la región. A la primera, habiéndose asegurado que la región se democratizara y pacificara, sólo le preocupó la agenda comercial, enfatizando en el libre comercio y luego, cuando percibió en los primeros años de la década del 2000, que la región le daría la espalda con dicha agenda o, al menos, no la seguiría acriticamente, se dedicó a “*securitizar*” sus políticas, en nombre de “la guerra contra el terrorismo”. Pronto, la lucha contra el narcotráfico o el control de las redes de migración ilegal, serían los arietes puntuales de “la no-estrategia” de Washington en la región. Precisamente, a la Casa Blanca, cualquiera fuera su principal ocupante, le sigue faltando una “misión” en América Latina, amén de que como queda dicho en la primera parte de este trabajo, tampoco la tiene a nivel mundial.

¹ Cuando analizamos la región latinoamericana, en términos sistémicos, por ejemplo, de polaridad, ella refleja más diversidad y pluralidad que atracción y seguimiento. Si bien existe un reconocimiento de Brasil como un actor dominante, éste no se traduce en un reconocimiento de su papel como líder. La oposición argentina a la candidatura brasileña a un puesto permanente en el Consejo de Seguridad y la falta de apoyo mexicano a la candidatura de José Graziano da Silva a la dirección general de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) —quien finalmente fue elegido en 2011— ilustran las reticencias locales frente a la asociación entre el ascenso mundial de Brasil y su capacidad de representación regional. También permiten entender la sobrerrepresentación de América Latina en el G-20 y la insistencia del gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva para integrar a Argentina, además de México, en este club. El dinamismo diplomático que caracterizó a Latinoamérica a nivel internacional durante la última década, basada a veces en la llegada al poder de gobiernos de izquierda y muchas veces en el auge económico hasta el año 2008, va en contra de cualquier tentativa de atracción por parte de polos (Brun, 2015).

En el caso ruso, ocurrió algo similar. Perdiendo sentido, ocupar espacios y recursos en una zona tan distante y carente de finalidad geopolítica, como la nuestra, el Kremlin no sólo desmanteló su base de Cuba, sino que acabó con todo vínculo comercial e incluso cultural con Latinoamérica. Recién con Putin, pero sólo con una mirada pragmática, volvió y de manera selectiva, midiendo la jerarquía de los países y el monto de sus negocios puntuales: energía y armas. Así, Brasil (en el MERCOSUR), México (en el NAFTA), Argentina y luego, sí Venezuela, pero sobre todo, por el petróleo y los aviones, no por la ideología chavista, volvieron a retomar el interés del Kremlin, sobre todo, después de las sanciones de “Occidente” por la anexión de Crimea en 2014.

Aquí, la potencia que se volvió más que relevante para la región y, producto de factores exógenos, tampoco ideológicos, fue China. El “*boom de las commodities*”, permitió que Beijing se volcara con importaciones masivas e inversiones sobre todo el continente, tal vez, con la excepción de Chile, una economía que ya estaba muy abierta antes de los ochenta. Dado el enorme flujo de ingresos producto del enorme flujo de ingresos por las materias primas, el marco externo fue realmente propicio (e inédito) para nuestra inserción en la fase globalizadora que vivimos, al igual que para China.

Recién ahora, después de un llamativo aletargamiento norteamericano, que se tradujo en una notoria falta de reacción ante el empuje chino, Washington con Trump, parece reaccionar, tratando de revertir su desidia en la región. De todos modos, considero que tal movimiento puede ser bien tardío, ya que los países latinoamericanos, aún con miradas y posicionamientos diferentes, empiezan a sopesar que les conviene mucho más trabar y consolidar relaciones con el gigante asiático que con un *hegemón* que carece de estrategia y beneficios palpables para la zona. Quizás, sin percibir aún el probable costo que también tendrá un alineamiento cerrado con China, sobre todo, si ella misma, al ritmo fenomenal con el que crece, en un futuro mediato, logra independencia energética y alimentaria.

Algunas lecciones para la Teoría de las RRII

Los investigadores de la transición global ya intentan responder muchas cuestiones teóricas importantes, las cuales son parcialmente discutidas en este artículo. Ellas son el balance de poder y la percepción por parte los jugadores internacionales líderes; la naturaleza y el grado de antagonismo entre ideologías y valores; el rol de la política doméstica y, el empleo

de nuevos métodos de gobernanza e influencia en la arena de la rivalidad internacional (Tsygankov, 2019 :66).

Las respuestas a estas preguntas debieran ayudar a repensar los marcos y límites tradicionales de la teoría de las relaciones internacionales, que separan a realistas, idealistas y constructivistas.

Pareciera que el mejor factor para entender los procesos presentes y futuros de transición global será un repensar general de los recursos asimétricos disponibles para los actores internacionales, las ideas y las percepciones de los líderes de las grandes potencias y la naturaleza de los procesos políticos internos. Por ejemplo, los investigadores de los recursos del poder y el sistema político internacional deberán reevaluar las categorías de geopolítica, sanciones económicas, propaganda y ciber-tecnologías, entre otras.

Bajo las condiciones de incertidumbre estratégica, la comprensión de los procesos del nuevo orden mundial, desde la posición de polaridad y la estructura del sistema internacional, típico del realismo estructural, no es suficiente y debiera ser complementado con el entendimiento de las nuevas capacidades de los Estados modernos.

Otro factor importante a tener en cuenta, es una nueva comprensión del rol jugado por los líderes de las potencias globales y regionales y sus ideas de un mejor y más justo orden mundial. Desde hace ya años, se ha tornado obsoleta la idea de una competencia global entre Estados Unidos y los otros países occidentales, liberales y con sociedades abiertas de un lado y otros países no occidentales, adherentes a un orden mundial westfalliano en el otro. Debiera ser reemplazada por un entendimiento más flexible y realista de la compleja cooperación ideológica y política y la rivalidad en un mundo donde puede haber alianzas globales de nacionalistas, liberales, populistas de izquierda y derecha y representantes de otros grupos políticos, todos unidos contra una coalición única de líderes occidentales y no occidentales (Tsygankov, 2019 :67).

Un nuevo análisis de las creencias y caracteres de los líderes es también necesario en virtud de su interpretación desde la posición llamada de “racionalidad” en la toma de decisiones y eligiendo estrategias de conducta internacional probadamente falsas. También los investigadores de la transición global, debieran seriamente analizar la subjetividad y el “voluntarismo” de los líderes quienes pueden depararnos sorpresas -agradables y desagradables-.

Finalmente y, como nunca antes en décadas recientes, es relevante subrayar el significado de la política doméstica en los procesos de política internacional. El mundo está viviendo transformaciones nacionales e internacionales profundas, acompañadas de una resignificación ideológica de la habitual o tradicional comprensión del liberalismo, el nacionalismo y otros “ismos” que tienen una decisiva influencia en el carácter de los líderes y sus elecciones de las estrategias de conducta internacional. La naturaleza y grado de estabilidad política interna de las sociedades y su habilidad para sobrevivir, contener la presión externa y movilizar para resolver cuestiones estratégicas importantes, no es de menor relevancia.

Fuentes de consulta:

BREMMER, Ian, “Us vs. Them: the failure of globalism”, New York: Portfolio, 2018.

BRUN, Elodie, 2015, agosto, Un mundo sin definición, porque el sistema internacional no es multipolar, en Foreign Affairs Latinoamérica.

IKENBERRY, Gilford John (ed.), “Power, order, and change in world politics”, Cambridge University Press, 2014.

LECCHINI, Gladys, PEREYRA DOVAL, Gisela, 2018, 17 de julio, Incertezas y transiciones, es el Mundial de Fútbol un reflejo del sistema internacional?, en Foreign Affairs Latinoamérica.

POWELL, Charles, 2017, 29 de junio, “Tiene futuro el orden liberal internacional?”, ARI 56/2017, Real Instituto Elcano, Madrid, España.

STUENKEL, Oliver, “Post-Western world: how emerging powers are remaking global order”, Cambridge: Polity Press, 2016.

TSYGANKOV, Andrei, “From Global Order to Global Transition: Russia and the Future of International Relations”, in Russia in Global Affairs, Volume 17, Number 1, Russian International Affairs Council, January-March 2019.